

Wikileaks, una herramienta

XAVIER BATALLA

Corresponsal diplomático de La Vanguardia

xbatalla@lavanguardia.es

Resumen

Julian Assange, fundador de Wikileaks, reivindica haber inventado el “periodismo científico”, esto es, la posibilidad de que los lectores tengan acceso directo a la materia prima. Pero ¿han cambiado el periodismo y la diplomacia con las filtraciones de Wikileaks? Wikileaks simboliza la última generación de los movimientos ciudadanos que rechazan la *raison d'état*, y sus filtraciones han actualizado la histórica pugna entre la obligación de la prensa a informar y la necesidad de los gobiernos de proteger lo que no quieren que se sepa. Pero ¿es Wikileaks el quinto poder o se ha sobreestimado su impacto? Lo que ha cambiado es la tecnología, la herramienta. Wikileaks es una nueva transgresión que, para el periodismo y la diplomacia, ha convertido en industrial una práctica hasta hace bien poco artesanal. Wikileaks es la evolución de las filtraciones en la revolución de internet.

Palabras clave

Wikileaks, diplomacia, periodismo, internet, fuentes de información.

Abstract

Julian Assange, founder of Wikileaks claims to have invented “scientific journalism”; that is, the possibility for readers to have direct access to raw materials. But have journalism and diplomacy changed with Wikileaks? Wikileaks symbolizes the next generation of citizen movements that reject the *raison d'état* and its leaks have brought up-to-date the historical conflict between the obligation of the press to inform and the need for governments to protect what they don't want you to know. But is Wikileaks the fifth power or has its impact been overestimated? What has changed is the technology, the tool. Wikileaks is a new transgression that, for journalism and diplomacy, has transformed a practice that was, until recently, a craft into something industrial. Wikileaks is the evolution of leaks in the internet revolution.

Keywords

Wikileaks, diplomacy, journalism, internet, sources of information.

James Reston, uno de los grandes de la edad de oro del periodismo escrito estadounidense, ganó uno de sus dos premios Pulitzer por adelantar en exclusiva el contenido de la posición aliada sobre la carta fundacional de la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Reston publicó en 1945 el borrador gracias a la complicidad de un intérprete chino con el que había trabajado en una agencia de noticias. El antiguo colega, que estaba en el meollo de lo que se trataba en las discusiones, le pasó el borrador debido al malestar provocado por su contenido en el seno de la delegación china.

Reston fue un periodista del papel y el último *insider*, la forma norteamericana de decir que se tiene acceso directo a las fuentes del poder. Walter Lippmann, amigo de Reston, fue fundamental en la evolución del periodismo estadounidense. Su prestigio e influencia marcaron el punto final de la hegemonía del periodismo ideológico en Estados Unidos y el principio del predominio del periodismo informativo e interpretativo. Con Reston, este periodismo llegó a la cima. Fueron los años en los que *The New York Times* –el periódico de toda su vida– se convirtió en uno de los instrumentos clave de la información y la diplomacia.

Si Reston hubiera vivido en junio de 2006 (murió el 6 de diciembre de 1995), seguramente habría sido uno de los periodistas elegidos por *The New York Times* para analizar el contenido de los 251.287 documentos del Departamento de Estado que había obtenido semanas antes Wikileaks –una web secreta de vigilantes antisecreto– a través de Bradley Manning, un desencantado oficial estadounidense de 26 años. En junio de 2006, Alan Rusbridger, editor del diario británico *The Guardian*, telefoneó a Bill Keller, entonces director de *The New York Times*, para comunicarle crípticamente que Wikileaks le había filtrado unos documentos confidenciales. A raíz de esta conversación, cinco medios de comunicación escritos (*The Guardian*, *The New York Times*, *El País*, *Le Monde* y *Der Spiegel*) tuvieron acceso a estos documentos, procedentes de 274 embajadas estadounidenses y fechados entre el 28 de diciembre de 1966 y el 28 de febrero de 2010. Después de un largo e intenso proceso de análisis, los cinco medios comenzaron a publicar los primeros 220 cables el 28 de noviembre de 2010.

Días después de la publicación de las primeras filtraciones, Franco Frattini, ministro de Asuntos Exteriores de Silvio Berlusconi, acusó a Julian Assange, fundador de Wikileaks, de “des-

truir el mundo". No fue para tanto, pero para los más optimistas entonces se abrió una etapa muy distinta de aquella en la que Reston fue uno de los protagonistas. Pero ¿son estas dos etapas tan distintas? ¿En qué se diferencia la filtración del borrador de la carta de la ONU de las filtraciones de Wikileaks? ¿Ha cambiado Wikileaks el periodismo y la diplomacia para siempre?

Mucho antes de que Wikileaks naciera en 2006 y comenzara sus actividades en 2007, internet ya había modificado el periodismo con la creación de un mercado global abierto, de acceso más fácil a las fuentes y a las audiencias, y con menos respeto por los conceptos de privacidad y secretismo. En octubre de 1969, dos ordenadores situados a unos 600 kilómetros de distancia fueron conectados para convertirse en el embrión de la red que ahora conocemos como internet. Tres decenios después, internet cubre la práctica totalidad del planeta y, según la agencia irlandesa Nua, la tercera parte de la población mundial ya es internauta. Esta revolución digital ha cambiado muchas cosas, no sólo el periodismo y la diplomacia.

Nicholas Carr, autor de *Superficiales. ¿Qué está haciendo Internet con nuestras mentes?* (Taurus 2011), nos ha advertido de que internet está erosionando la capacidad de controlar nuestros pensamientos y de pensar de forma autónoma. Cuando Carr se percató de que su capacidad de concentración había disminuido considerablemente, comenzó a preguntarse si la causa no sería la cantidad de horas que pasaba frente al ordenador. Y el resultado ha sido *Superficiales*, en el que nos advierte de lo que internet está haciendo, en su opinión, con nuestras mentes.

Internet también ha modificado el periodismo de James Reston. Entre otras cosas, ha hecho que sea interactivo. La aparición del periodismo electrónico ha fraccionado a la audiencia. Por ejemplo, la influencia del periodismo escrito en la política exterior, cuando las columnas sindicadas de Walter Lippmann hacían las veces de CNN, empezó a declinar en Estados Unidos en la década de los setenta. Y este declive se ha acentuado desde entonces con la evolución de lo que se denomina la blogosfera y las redes sociales, que han demostrado ser poderosas herramientas para motivar campañas políticas, internas o internacionales. Sin embargo, ¿ha mejorado esta competencia la información y el análisis de la política exterior? No parece que haya sido así. Thomas Jefferson sugirió en una ocasión que los diarios deberían dividirse en cuatro secciones: "Verdades, probabilidades, posibilidades y mentiras" (Lepore 2009, 32). Fue una forma de decir que los diarios no siempre han estado del lado de la verdad. Y eso es cierto. Pero la red parece ser un canal más idóneo para la última de las secciones que contempló Jefferson.

Internet no sólo ha provocado cambios. Para los apocalípticos, internet anuncia la desaparición de los periódicos. Philip Mayer, autor de *The Vanishing Newspaper* (2004), sostiene que el último diario de papel en ser reciclado se publicará en abril de 2040, ocho años antes del 600 aniversario de los tipos móviles de Gutenberg. Thomas Jefferson no se lo podría creer. Jefferson, tercer presidente de Estados Unidos, escribió en una

carta fechada en 1787: "[...] si tuviera que decidir si debemos tener un gobierno sin periódicos, o periódicos sin un gobierno, yo no dudaría en preferir esto último".

Los primeros diarios modernos nacieron con el apoyo de los políticos. Eran los tiempos, en el siglo XIX, en los que se decía que la prensa debía formar. Los conservadores tenían su diario; y los liberales, el suyo. Pero el adoctrinamiento se acabó cuando un redactor de sucesos se inventó la prensa popular. Y como no hay mal que por bien no venga, la prensa popular o sensacionalista, con su éxito, obligó a la prensa de opinión a cambiar. Así empezó una era en la que la prensa debía informar, que no es poco. Las reglas del juego cambiaron entonces. Los ingresos de los diarios procederían de la publicidad de las empresas que querían vender sus productos. Y el precio del ejemplar se convirtió en una pequeña fracción del dinero que cuesta la información. Pero este modelo ha entrado en crisis y, para los apocalípticos, es el anuncio de un mundo sin diarios, aunque nunca se había leído tanto como hasta ahora. ¿Dónde está entonces el problema? Resulta que donde se leen más historias periodísticas es en internet, pero lo chocante es que la mayoría siguen procediendo de los diarios de papel. Alex S. Jones, director del Shorenstein Center de Harvard University, lo ha cuantificado: "Casi el 85% de las noticias que se leen las generan los diarios" (Jones 2009, 53).

Assange, fundador de Wikileaks, reivindica ahora el haber inventado lo que denomina "periodismo científico"; es decir, aquel periodismo que posibilita que sean los lectores quienes, al tener acceso a la materia prima informativa, puedan juzgar lo correcto o incorrecto del trabajo de los periodistas. Pero la historia demuestra que los diarios de papel han publicado documentos confidenciales desde que existen, aunque también es cierto que estas filtraciones se han multiplicado, gracias a las innovaciones tecnológicas, desde la aparición de internet. En cualquier caso, lo significativo, desde el punto de visto periodístico, es que la publicación de los documentos del Departamento de Estado por parte de cinco medios de comunicación escritos, que durante meses estudiaron y analizaron su contenido, puso de manifiesto la necesidad del periodismo explicativo, entre otras cosas, para que a los lectores no se les cruzaran los cables.

El periodismo explicativo fue necesario en el caso de Wikileaks porque los cables del Departamento de Estado eran de muy distinta naturaleza. Primero, porque unos eran una versión de un acontecimiento. Segundo, porque los había de carácter simplemente especulativo. Tercero, porque otros no eran lo suficientemente concretos. Y, cuarto, porque también había algunos que estaban absolutamente equivocados.

Pero ¿qué impacto han tenido, y tienen, las filtraciones de Wikileaks en el periodismo y la diplomacia? Jean-Christophe Rufin, escritor y diplomático, considera que Wikileaks simboliza la última generación de movimientos ciudadanos que, como Médicos sin Fronteras –organización de la que fue uno de los fundadores–, rechazan la *raison d'État*. Si el político británico Burke fue quien, a finales del siglo XVIII, aludió por primera vez al eufemismo del *cuarto poder* para referirse a la influencia de

la prensa escrita, Rufin considera que “los movimientos ciudadanos como Wikileaks representan ahora, en el siglo *xxi*, el quinto poder” (Rufin 2010, 18).

El impacto de Wikileaks en el periodismo es, para Rufin, una cuestión de dimensión. “La idea de Wikileaks responde, de hecho, a la lógica del marketing”, dice Rufin. Es decir, se trata de dar a una actividad hasta hace bien poco prácticamente artesanal –como la entrega a mano de la carta fundacional de la ONU a Reston– un carácter industrial. La filtración de documentos secretos es tan antigua como el periodismo, pero históricamente se ha practicado a pequeña escala, aunque algunos medios, como es el caso en Francia de *Le Canard enchaîné*, ha hecho de eso su especialidad. Con Wikileaks, una nueva herramienta capaz de filtrar 251.287 documentos del Departamento de Estado, la dimensión ha cambiado. La trasgresión, por tanto, ha adquirido otra naturaleza. Y la ilegalidad, la provocación e incluso la clandestinidad pueden haberse convertido en el método. Y esta nueva acción ciudadana sería imposible sin la creciente influencia de las redes virtuales.

Pero si la herramienta y los métodos son nuevos, la motivación sigue siendo la misma que en los tiempos de Reston, tanto en lo que respecta al periodismo como a la diplomacia. El periodista deberá saber explicar el contenido de lo filtrado y la voluntad de la filtración obedecerá al deseo de que los ciudadanos sepan qué hace el Gobierno en su nombre.

No es seguro, sin embargo, que, después de Wikileaks, el mundo vaya a ser más transparente. Bill Keller, entonces director de *The New York Times*, ha escrito: “No me parece que Wikileaks represente algún tipo de triunfo cósmico de la transparencia... Sospecho que no hemos alcanzado un estado de información anárquico. Al menos por el momento” (Keller 2011, 1, 6, 7). ¿Ha cambiado entonces Wikileaks la forma de hacer periodismo? Keller ha contestado a esta pregunta: “Francamente, pienso que el impacto de Wikileaks se ha sobreestimado”. Otra cosa es que Wikileaks y la necesidad de separar el grano de la paja en lo que filtraba hayan servido para subrayar la necesidad de que el periodismo escrito debe hacerse explicativo. Y, paralelamente, las filtraciones también han servido para actualizar la histórica pugna entre la obligación de la prensa a informar y la responsabilidad de los gobiernos de proteger lo que no quieren que se sepa. El resultado ha sido que la opinión pública de muchos países ha tenido la oportunidad de acceder a lo que hacen sus gobiernos.

Tal vez sea una exageración sugerir que las filtraciones de Wikileaks harán que la diplomacia nunca vuelva a ser la misma. Pero si Assange pretendía cambiar el mundo de la diplomacia, algo, posiblemente, habrá conseguido. La idea de que la dirección de toda política exterior precisa de una fuerte dosis de secretismo para limitar el debate público sigue teniendo muchos abogados. La situación actual ya no es la de los tiempos del Congreso de Viena, cuando Klemens Wenzel Lothar von Metternich pudo diseñar a su antojo, sin intromisiones de la entonces inexistente opinión pública, el mapa de la Europa absolutista. Pero el secretismo aún disfruta de buena salud.

La historia de la diplomacia es la evolución de las relaciones entre los estados. ¿Es un arte, como sugieren algunos de sus beneficiarios? ¿Un sistema de persuasión, como dicen los que se ganan la vida persuadiendo? ¿O simplemente se trata de una mezcla, a veces explosiva, de fuerza, amenazas y promesas, como se mantiene desde el bando de sus víctimas, que también son abundantes? El humorista estadounidense Will Rogers definió en una ocasión la diplomacia como “el arte de decir ‘lindo perrito’ hasta que encontramos la piedra de proporciones adecuadas”. Rogers podría haber sido diplomático.

No todos los diplomáticos, sin embargo, podrían ser aplaudidos por ser buenos humoristas. Uno de los primeros en comprobarlo fue el embajador británico Sir Henry Wotton, que en el siglo *xvii* no hizo reír al rey cuando dijo: “El embajador es un hombre honrado que es enviado al exterior para mentir en beneficio de su país”. Este diplomático también dijo que “cuanto más lejos estás de la Iglesia de Roma, más cerca estás de Dios”. Y Abraham de Wicquefort, autor de uno de los primeros manuales de diplomacia, se adelantó unos siglos a Wikileaks y escribió: “El diplomático es un espía honorable”.

El cardenal Richelieu, príncipe de la razón de Estado y primer ministro de Francia de 1624 a 1642, es un caso que merece un punto y aparte. Fue el artífice de la diplomacia que se apoyó en el sultán otomano para combatir a los hermanos católicos alemanes. Y cuando se supo la noticia de su muerte, se dice que el papa Urbano VIII, poco diplomático, dejó escapar: “Si Dios existe, el cardenal Richelieu tendrá que dar muchas explicaciones, pero si no existe, el cardenal habrá tenido una vida llena de éxitos” (Kissinger 1994, 58).

La diplomacia sigue siendo la mejor forma de superar las discrepancias, prevenir los conflictos y encontrarles solución. Por eso algunas de las revelaciones hechas por Wikileaks sólo han confirmado que la rueda es redonda. Pero otras revelaciones han sido menos inocentes, ya que han arrojado luz sobre la sospecha de que los diplomáticos estadounidenses han practicado durante años el espionaje blando. Y el problema es que su gran secreto ha sido descubierto. Según lo filtrado, Vladimir Putin manda en un Estado mafioso, “infectado por una corrupción a gran escala”. Los regímenes árabes del golfo Pérsico, cuyas élites “esquivan la ley islámica y son aficionados a los pasatiempos carnales”, prefieren “una guerra convencional contra Irán ahora, antes de que sea nuclear”. La corrupción “alcanza las más altas esferas del poder en el Marruecos de Mohamed VI”. El Gobierno español (de Zapatero) “apoyó en el Sáhara Occidental una solución favorable a Marruecos”. En Túnez, la familia del presidente “roba todo lo que tiene valor”. Chávez y el narcotráfico “financian la Nicaragua de Ortega”. En Argelia, “la corrupción llega hasta los hermanos del presidente”. Y Estados Unidos desconfía “de la capacidad de México para ganar la guerra al narcotráfico, dada la corrupción”. Puede ser que Wikileaks no cambie la diplomacia de arriba abajo, pero sus filtraciones, así como Facebook, sí ayudaron a promover las revueltas árabes de 2011.

Sin embargo, ¿ha sido algo completamente nuevo? No lo pa-

rece. Lisa Anderson, presidenta de la American University in Cairo, lo ha explicado de esta forma: “En Túnez, las protestas multiplicaron los llamamientos a favor de la restauración de la Constitución suspendida. Mientras tanto, las revueltas y las huelgas en Egipto derribaron al Gobierno. Y en Libia, los líderes provinciales se movieron frenéticamente para consolidar su nueva república independiente. Era el año 1919 [...] Los acontecimientos de 1919 sugieren que la extensión de las revueltas populares árabes del pasado invierno (2011) no es un fenómeno nuevo” (Anderson 2011, 2-7). Hace noventa años, las palabras que incendiaron el mundo árabe fueron las de los célebres catorce puntos del presidente estadounidense Woodrow Wilson, quien defendió la autodeterminación de los pueblos, incluidos los árabes, que acababan de desembarazarse del dominio otomano. Y las palabras de Wilson fueron transmitidas por telégrafo, entonces la herramienta nueva.

Una de las consecuencias de las filtraciones de Wikileaks ha sido la humillación del servicio diplomático estadounidense, incapaz de guardar sus secretos. Pero ya había sucedido antes en diversas ocasiones, aunque con otros métodos. En 1971, Daniel Ellsberg, analista de RAND Corporation –un *think tank* relacionado con el Pentágono–, fotocopió 7.000 páginas de un informe que demostraba las mentiras oficiales sobre la guerra de Vietnam y las filtró a *The New York Times*; la consecuencia fue la retirada estadounidense de Vietnam en 1973. En 1972, Mark Felt, número dos del FBI y conocido universalmente por el sobrenombre de *Garganta profunda*, filtró a *The Washington Post* las informaciones que implicaban directamente al presidente Richard Nixon en el escándalo Watergate; la consecuencia fue la dimisión de Nixon. Y en 2004, el sargento Joseph Darby denunció en internet las torturas y vejaciones en Abu Ghraib perpetradas por el ejército estadounidense en la guerra de Iraq; la consecuencia fue una cadena de dimisiones y el descrédito de la intervención estadounidense.

Las filtraciones de Wikileaks han dañado la credibilidad de los sistemas de seguridad estadounidenses, lo que ha provocado las críticas republicanas a la Administración de Barack Obama. Y posiblemente dificultarán los futuros contactos de los diplomáticos estadounidenses con empresarios, políticos y periodistas. Pero el poder buscará nuevas formas de guardar sus secretos. Y tampoco será ésta la primera vez que ocurre. Lo que ha cambiado es la tecnología, que ha multiplicado la cantidad de las filtraciones y la posibilidad de distribuir las a mayores audiencias. Hace tres decenios, el robo de un documento clasificado podía exigir la utilización de una cámara fotográfica en miniatura; ahora, el espía o traidor de hace treinta años quedaría boquiabierto con las posibilidades de las nuevas tecnologías, como demostró Bradley Manning al descargar los documentos secretos en un CD que llevó a su puesto de trabajo con la excusa de que quería escuchar las canciones de Lady Gaga.

La reacción periodística ante las filtraciones de Wikileaks también ha tenido aspectos contradictorios. Mark Zuckerberg, fundador de la red social Facebook, fue elegido la persona del año 2010 por la revista *Time*. Fue una decisión interesante y,

seguramente, interesada, ya que Zuckerberg desbancó a Assange. Y eso a pesar de que el fundador de Wikileaks fue quien más votos recibió de los internautas. Y en cuanto a la diplomacia, sus caminos siempre resultarán insospechados. En otoño de 1961, según cuenta en sus magníficas memorias (Reston 1991), Reston fue llamado por John F. Kennedy a la Casa Blanca. El presidente fue directo: Washington no estaba dispuesto a ceder en la crisis de Berlín, pero consideraba arriesgado utilizar los canales diplomáticos para lanzar un ultimátum a Moscú. La idea de Kennedy fue que Reston lanzara el mensaje. Y Reston escribió que Washington podría responder militarmente si los soviéticos bloqueaban los accesos a Berlín. Los diplomáticos soviéticos compraron la primera edición de *The New York Times* y entendieron su columna. Medio siglo después, Wikileaks es la evolución de las filtraciones en la revolución de internet.

Referencias

- ANDERSON, L. “Demystifying the Arab Spring.” *Foreign Affairs*. 3 abril. 2011. <<http://www.foreignaffairs.com/articles/67693/lisa-anderson/demystifying-the-arab-spring>>.
- JONES, A. *Losing the News: The Future of the News that Feeds Democracy*. Oxford: Oxford University, 2009.
- KELLER, B. *Open Secrets: Wikileaks, War, and American Diplomacy. Complete and Updated Coverage from The New York Times*. Nueva York: The New York Times, 2011(eBook).
- KISSINGER, H. *Diplomacy*. Nueva York: Simon and Schuster, 1994.
- LEPORE, J. “Números atrasados. El día que murió el periódico”. En: ESPADA, A.; HERNÁNDEZ BUSTO, E. (ed.). *El fin de los periódicos*. Barcelona: Duomo Ediciones, 2009.
- RESTON, J. *Deadline*. Nueva York: Three Rivers Press, 1991.
- RUFIN, J-C. “Wikileaks ou la troisième révolte” [En línea] En: *Le Monde*, 21 de diciembre de 2010. <http://www.lemonde.fr/idees/article/2010/12/20/wikileaks-ou-la-troisieme-revolte-par-jean-christophe-rufin_1455888_3232.html>